

11. La Voz de un Ángel Poderoso

El profeta Juan observó el toque de la sexta trompeta y vio las calamidades y los terrores de la contienda nacional, y el oscurecimiento de la tierra por el humo del «pozo del abismo». Vio a hombres sepultados bajo el peso de sus propios pecados, y aunque el Hijo de Dios esperaba, como el padre del hijo pródigo, el regreso de los pecadores, ellos no se arrepintieron de sus asesinatos y hechicerías, sus fornicaciones y robos. La justicia y la misericordia se mezclan inseparablemente en el trato de Dios con el hombre, y las grandes calamidades provocan en Jehová una gran efusión de Su amor. Así, cuando el mundo yacía en tinieblas, ajeno a la voz de Dios que podrían haber oído en el mismo estruendo de la batalla o en los concilios de las naciones, llegó al mundo un mensaje sumamente emocionante. Juan oyó este mensaje antes de ver los eventos subsiguientes del tercer ay.

Del cielo descendió un ángel poderoso vestido de una nube. Era un embajador de las cortes de Jehová, y su poder correspondía con la corte que representaba y con el poder y la extensión del mensaje que portaba. Resplandecía con la gloria del Rey, de cuya presencia venía. Su rostro brillaba con el resplandor del sol, y sus pies eran como columnas de fuego. Aquí hay una descripción de poder creativo; y el mensaje del Rey que venía a entregar tenía en sí el poder, el brillo y la luz de Aquel que habló, y los mundos surgieron, pero la gloria, para que no deslumbrara los ojos de los hombres, estaba velada con una nube. Así como Dios se cubrió con una nube para que Israel no fuera destruido al contemplar Su resplandor, así la gloria del mensaje del ángel poderoso fue suavizada para los ojos mortales por la nube que cubría su forma. A los hombres que viven en armonía con su Hacedor se les permite a veces ver la nube retirarse y contemplar cada vez más de Su grandeza. Solo en la eternidad se comprenderá la plenitud del mensaje. La amplitud de la experiencia en las cosas de Dios mide la capacidad de cada individuo para penetrar la nube.

«Y un arco iris estaba sobre su cabeza». Un arco iris rodea el trono de Dios, pero el ojo carnal verá poca significación en este hecho. Para aquel de cuyos ojos ha caído el velo, hay una profundidad infinita de significado en el arco iris alrededor de la cabeza del ángel, y la aparición del arco en nuestros propios cielos es, para el alma espiritual, un recordatorio del pacto eterno hecho en el cielo. El historiador divino narra la historia del arco iris tal como aparece en nuestros cielos. En la eternidad, Dios y Cristo pactaron la redención de la raza si el hombre pecara después de su creación y se separara de su Hacedor, y el arco alrededor del trono se convirtió en la señal del pacto. Desde entonces, ha tenido su lugar alrededor del trono, y se convirtió en un token eterno de la redención del hombre. Los ángeles y los seres de mundos no caídos contemplan el arco y se inclinan con reverencia ante Aquel que está en el trono. Pero el ojo humano no puede mirar al cielo, así que cuando el Señor salvó a Noé y su familia del diluvio, puso esta misma señal en las nubes de la tierra como token de redención. Como un pequeño trozo de cielo transportado a la tierra, el arco es un recordatorio para el hombre de que Dios tiene hacia él pensamientos constantes de justicia. Pero la historia es aún más maravillosa; porque Dios no solo mira el arco alrededor del trono y se acuerda del hombre; sino que mira el arco en las nubes y su corazón es atraído hacia la tierra. Toda nube que flota en el cielo contiene un arco. La nube puede parecernos oscura y amenazadora; pero el sol que brilla al otro lado forma el arco, y Dios lo mira y «recuerda el pacto perpetuo entre Dios y todo ser viviente», el pacto que os hará «perfectos en toda buena obra para hacer su voluntad, obrando en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo». Toda nube debería ser un recordatorio para nosotros de que Dios está dispuesto a ayudarnos y fortalecernos. Si la luz del sol inunda el camino de los mortales, su gloria es la sonrisa de Dios. Si a través de las lágrimas miramos al cielo, la luz que brilla a través de las gotas en nuestras pestañas forma los colores del arco iris de la promesa. Tan cerca está Dios del hombre. El arco iris sobre la cabeza del ángel poderoso muestra la tierna bondad del Padre y promete redención en el mensaje que trae. Las insignias de los potentados terrenales palidecen en insignificancia ante las que lleva el mensajero del Rey de reyes. Jehová estaba en la zarza

ardiente junto al camino; el mismo Dios, con diez mil de Sus santos, proclamó Su ley de fuego desde el Sinaí. Dios se reveló a los profetas y escritores del Antiguo Testamento, y el mismo Padre de todos nosotros habló a través de Cristo a los apóstoles, y abrió los ojos del profeta de Patmos. Y para que los hombres puedan ver la unidad de la palabra divina, el ángel poderoso une el Antiguo y el Nuevo Testamento. El único profeta que, antes de Cristo, dio la fecha de Su primera venida, y que también dio el tiempo de Su segunda venida y del fin, fue Daniel. La profecía de Daniel fue eminentemente un mensaje de tiempo, y cuando buscó entender los tiempos que le habían sido revelados, se le dijo: «sella las palabras y cierra el libro hasta el tiempo del fin». El mensaje no era para que Daniel lo comprendiera, pero en el tiempo del fin, muchos «correrán de aquí para allá», el conocimiento aumentaría, y los sabios, instruidos por el Señor, entenderían lo que había estado sellado por siglos. El período de tiempo que Daniel buscó comprender fue el de los dos mil trescientos días, al final de los cuales el santuario sería purificado. Este es el único mensaje sellado de la Palabra, y sin embargo, la última promesa hecha a Daniel fue que él estaría en su lote «al fin de los días».

Juan vio al ángel poderoso descender a la tierra, teniendo en su mano un librito abierto. No cerrado, no sellado, sino abierto. Fue al final del segundo ay, en 1840, cuando este ángel con el libro abierto de Daniel, puso un pie en la tierra y otro en el mar. Los hombres estaban ocupados con su idolatría, amontonando oro, corriendo de un lado a otro, sin ver ni oír nada, salvo aquello que satisfacía sus deseos terrenales. Las naciones estaban ocupadas con sus propios planes, ajenas a la mano providencial que todo lo gobernaba. Pero el mensaje del ángel abarcó toda la tierra: de pie con un pie en la tierra y el otro en el mar, «clamó a gran voz» como el rugido de un león en el bosque, y este clamor despertó a los hombres de su letargo y sobresaltó a las naciones. Ningún hombre era demasiado humilde, ningún lugar demasiado apartado; esa voz penetró por todas partes. Hizo eco y rebotó por todo el mundo. Los hombres podrían considerarse seguros, pero el sonido sacudió la misma tierra, haciendo que muchos corazones

temblaran de miedo. Aunque la voz era tan penetrante, aquellos que volvieron sus rostros hacia el divino mensajero, vieron en su frente el arco iris de la promesa. La misma naturaleza pareció responder al clamor; porque mientras el sonido rodaba por la tierra, siete truenos emitieron sus voces como en respuesta. Es inútil especular sobre el significado de los truenos; porque aunque Juan entendió, se le mandó que no escribiera las cosas que había oído.

El ángel poderoso, con el librito abierto en una mano, levantó la otra mano al cielo y «juró por el que vive por los siglos de los siglos, ... que el tiempo no sería más». La historia judía fue dividida en períodos distintos por los escritores proféticos. La esclavitud en Egipto fue revelada a Abraham; también fue claramente profetizado que el cautiverio babilónico continuaría setenta años. El nacimiento de Cristo fue predicho por los profetas, el mismo año de Su bautismo fue predicho por el profeta Daniel; Su crucifixión y rechazo por la nación judía también fue dado de manera inconfundible. Los cristianos han reprendido a los judíos por su ceguera al no ver y entender, pero las fechas que se agrupan en torno a la vida de Cristo son parte de la profecía de tiempo a la que el ángel poderoso señaló al mundo; son parte de los mismos dos mil trescientos días que Daniel buscó entender, pero que fueron sellados hasta el tiempo del fin. Pocos años antes de 1840, los hombres comenzaron el estudio de las profecías de Daniel y llegaron a la conclusión de que los dos mil trescientos días del octavo capítulo debían terminar en 1844. Pensando que la purificación del santuario, de la que se habla en Daniel 8:14, se refería a la purificación de la tierra en la venida de Cristo, la segunda venida del Salvador fue, en 1840 y en adelante, predicada con una fuerza maravillosa en todo el mundo. En América, el movimiento fue liderado por William Miller; en Inglaterra, por Edward Irving; en Asia, por Joseph Wolff, un judío cristiano; en Suecia, donde las leyes prohibían a los adultos dar el mensaje, los niños predicaron. El Espíritu de Dios se apoderó de los pequeños, y sus palabras calaron hondo en los corazones de los hombres mientras proclamaban: «la hora de su juicio ha llegado». «Prepárate para encontrarte con tu Señor».

En 1838, la terminación del segundo ay de Apocalipsis 9:13-21 fue interpretada para finalizar en 1840. Aquellos que proclamaban la segunda venida dijeron: «Si el poder turco cesa en 1840, eso puede considerarse una señal de que la interpretación correcta ha sido aplicada a los períodos proféticos de Daniel, y podemos esperar al Señor en 1844». Por lo tanto, en 1840, cuando el mundo se dio cuenta de que los turcos habían cumplido la profecía al pie de la letra (véase el capítulo 10), hombres de riqueza, educación y posición se asombraron al descubrir que se acercaban a eventos que parecían presagiar el cierre inmediato de la historia de la tierra. Fue en este momento, 1840, cuando la voz del ángel poderoso despertó a la tierra con el mensaje: «Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado». Este fue un mensaje del Creador de los cielos y la tierra, el mar y todas las criaturas vivientes. Y juró «que el tiempo no sería más». El fin del largo período profético estaba cerca. Los pies del mensajero eran como columnas de fuego, y su mensaje ardió en los corazones incluso de los más mundanos. La luz del sol de su semblante iluminó la página del libro abierto que sostenía ante el mundo; los hombres leyeron un significado nuevo y viviente en estas profecías. Burlarse era desafiar al mismo Dios. Permanecer indiferente era imposible; porque los hombres parecían estar al borde de la eternidad. Las posesiones terrenales perdieron su valor; se vendieron casas y los hombres salieron a proclamar por todas partes la venida del Hijo del hombre. Libros y papeles fueron esparcidos por doquier como las hojas de otoño. Así como Eliseo fue llamado de sus bueyes, así los agricultores en el arado fueron saludados por extraños con las palabras: «Prepárate para encontrarte con tu Señor». Tan extendida estaba esta verdad que se podía escuchar a los niños de la escuela repitiendo la familiar cita de la profecía: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado».

La exactitud con la que se da el tiempo se observa en el séptimo versículo. Después de proclamar que el tiempo no sería más, el ángel dijo: «Sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas». La

séptima trompeta, como en el caso de la séptima iglesia y el séptimo sello, comienza en el tiempo y se extiende a la eternidad. Une, por así decirlo, el abismo entre este mundo y el próximo: pero cuando la séptima trompeta comience a sonar, «el misterio de Dios se consumará», como declararon los profetas. La sexta trompeta terminó en 1840. Entre la sexta y la séptima trompeta hay un breve intervalo, designado por la palabra *pronto* en Apocalipsis 11:14, y es en este intervalo que se dio el fuerte clamor del ángel poderoso. El cierre del período profético fue 1844, por lo que el *pronto* sería el tiempo entre 1840 y 1844, y la séptima trompeta comenzó a sonar cuando el tiempo profético había terminado, es decir, en 1844. El misterio de Dios es el Evangelio de Jesucristo; el sacrificio del Cordero de Dios.

Cuando la profecía fue más plenamente comprendida de lo que lo fue entre 1840 y 1844, en otras palabras, cuando la nube fue traspasada por ojos que buscaban a Cristo, se descubrió la verdad con respecto al santuario celestial. En 1844, la obra antitípica del día de la expiación comenzó en el santuario celestial. Es decir, Cristo en ese momento pasó dentro del velo para formar los súbditos de Su reino de aquellos que habían aceptado la Ofrenda Divina. Se abrió el juicio investigador, y en el primer caso decidido ante el trono, comenzó la obra de terminar el Evangelio, la cual se completará cuando el último nombre haya pasado por la corte celestial. Estos eventos fueron velados por la nube entre 1840 y 1844, para que los corazones de los hombres fueran probados. Este período fue un tiempo de prueba, y cuando pasó, muchos fueron sacudidos y se apartaron. Los versículos sexto y séptimo del décimo capítulo de Apocalipsis son paralelos a las versiones sexta y séptima del decimocuarto capítulo.

Con gozo el mensaje adventista de que el tiempo no sería más llegó al mundo. Fue predicado a altos y bajos, y las iglesias de todo el mundo abrieron sus puertas para recibirlo. Pero del cielo vino una voz que decía: «Ve y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está de pie sobre el mar y sobre la tierra». El ángel poderoso no cerró el libro abierto cuando había clamado una vez, sino que permaneció sobre la tierra y el mar con las páginas abiertas en su mano, y a Juan,

simbolizando al pueblo de Dios, se le ordenó tomarlo de la mano del ángel. Juan se acercó al ángel con las palabras: «Dame el librito», y él dijo: «Tómalo y cómelo». Comer la Palabra de Dios implica un estudio cuidadoso hasta que el significado sea plenamente comprendido. Jesús a menudo usó la figura en un sentido espiritual, refiriéndose a Su cuerpo y al «pan de vida». Ahora era el momento de penetrar más profundamente en la nube que ensombrecía el mensaje. A medida que se acercaba el tiempo para lo que se suponía que sería la segunda venida, pero que en realidad significaba el comienzo del juicio investigador, hubo una búsqueda de las profecías como nunca antes. Luego, cuando la primavera de 1844 llegó y pasó, y ningún Salvador había aparecido, no solo hubo una introspección, sino un estudio más profundo e intenso de la Palabra. La demora no pudo entenderse al principio; pero pronto se vio que el decreto de Artajerjes, en el 457 a.C., del cual se contaban los dos mil trescientos días, no entró en vigor hasta que la mitad del año había pasado. Esto extendió el período profético de la primavera al otoño de 1844. La alegría de aquellos que anhelaban ver a su Señor aumentó.

El mensaje fue: «Te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel». Habían probado la dulzura del mensaje. El mundo nunca antes había presenciado tales manifestaciones de amor fraternal, tal sacrificio y tal devoción. El otoño de 1844 llegó y pasó, y la intensidad de la desilusión fue indescriptible. Ningún incentivo terrenal pareció jamás tan dulce como el mensaje de Su venida; ninguna desilusión fue jamás tan amarga como la experimentada por los creyentes en la segunda venida de Cristo. Los discípulos, llorando en el sepulcro por un Salvador crucificado, parecieron apurar la copa de amargura, pero una poción no menos amarga fue bebida por los discípulos en 1844. «Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel», fue repetido dieciocho siglos después en las palabras: «Esperábamos que nos salvara, pero no ha venido». En este período de angustia y desilusión, las iglesias que habían abierto sus puertas al mensaje, ahora se alejaron de aquellos que aún se aferraban a la creencia en las profecías y la segunda venida del Señor. Este cierre de puertas y el

rechazo de más luz, provocó que se proclamara el segundo mensaje de Apocalipsis 14:8.

Muchos esperaban que aquellos que pasaron por la desilusión se hundirían para siempre en el olvido, pero el ángel dijo: «Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes». Esto predice el tercer mensaje de Apocalipsis 14:9-12, el cual irá a todo el mundo, aumentando a medida que avanza, hasta que se convierta en un fuerte clamor.

Muchos pueblos, las naciones de la tierra, representantes de cada lengua, ricos y pobres, incluso reyes en sus tronos, escucharán este último mensaje de misericordia que va a la tierra al comienzo del sonido de la séptima trompeta. El rostro del ángel era como el sol, y un arco iris estaba sobre su cabeza. El mensaje es de paz y gozo, de misericordia y triunfo, que comienza con la gloria velada, pero aumenta en grandeza hasta que lo que se inicia en la tierra se mezcla con el canto de los redimidos en la otra orilla. Como el pueblo de Dios, por fe, siguió a su Señor al santuario celestial, la amarga desilusión pasó, y se dieron cuenta de que «Aunque yazgáis entre los tiestos, seréis como las alas de una paloma cubiertas de plata, y sus plumas de oro fino».